

critor y editor; el precio, las tiradas y los mecanismos de distribución del libro; la significación económica del mecenazgo de los nobles, etc. Pero se puede afirmar que la literatura que se difundía a través del libro era una actividad de escasísima relevancia económica para el autor. Sólo el teatro, espectáculo de masas amparado por el poder, proporcionaba a los escritores consagrados ingresos sustanciosos. En este sentido, Lope de Vega tuvo una situación económica mucho mejor de lo que él mismo manifestó a menudo<sup>2</sup>.

Procedentes, en su mayoría, de familias pertenecientes a la baja nobleza, los escritores tuvieron que luchar incesantemente para subsistir. El caso de Cervantes es bien representativo. Hijo de un modesto barbero-cirujano, su trayectoria profesional constituye una serie de continuas y frustradas tentativas de situarse dentro de la burocracia estatal. Soldado en Italia, pretendiente en la Corte, no logró más que pequeños cargos y vio cerrada la posibilidad de emigrar a América. Sólo le faltó probar suerte en la primera de las tres opciones que tenían los hidalgos: «Iglesia, o casa real, o mar». Sus actividades literarias le proporcionaron escasos ingresos, y tampoco pudo conseguir la protección de un mecenazgo generoso.

Se comprende con facilidad por qué hubo tantos clérigos entre los escritores del Seiscientos. Si sumamos los pertenecientes al clero regular y al clero secular, obtenemos casi un 40%. José Simón Díaz, tomando una base mucho más amplia, formada por 25.000 notas biográficas de escritores del Siglo de Oro, ha comprobado que más de dos tercios eran eclesiásticos<sup>3</sup>. Si tenemos en cuenta que entre estos escritores hay un número considerable de autores de obras devotas, que J. Simón Díaz no separa de los autores de obras más propiamente literarias, comprenderemos que ambos porcentajes resultan básicamente coincidentes.

Esta elevada proporción de eclesiásticos podría llevar a pensar que la Iglesia proporcionó muchos escritores al medio literario, pero es más bien al revés: en su mayoría se trata de escritores que, en su madurez, se convierten en clérigos para estabilizar su situación económica, aunque sin mejorarla en lo sustancial, pues las rentas eclesiásticas solían ser bastante escasas. Es sintomático que muchos (21 sobre 27) pertenezcan al clero secular y sólo 6 al regular. El primero disponía de mayor libertad de movimientos y estaba menos sujeto a controles que el segundo. Esto es en especial aplicable a los que no habían recibido órdenes mayores. De todas formas, esta tendencia no era privativa de los escritores, sino muy corriente entre los letrados formados en las universidades: en la de Salamanca, en 1595, el 57% de los estudiantes cursaba Derecho canónico<sup>4</sup>.

De esta manera, numerosos escritores pudieron compaginar sus obligaciones eclesiásticas con sus actividades literarias y mundanas. Resulta ilustrativa al respecto la preferencia por las canonjías, bien dotadas económicamente y con pocas responsabilidades. Figuran en este grupo Alderete, Nicolás Antonio, Covarrubias, Góngora, Mira de Amescua, Rioja, Soto de Rojas. Otros optaron por las capellanías particulares, de gran autonomía y compatibles con la protección de un aristócrata: B. L. Argensola, Lope, Calderón, Moreto, Espinosa, Espinel, etc. Suele ser también frecuente que la incorporación al estado eclesiástico se produzca en la madurez: Lope, Calderón, Espinosa, Quiñones de Benavente, Solís, Soto de Rojas, etc. Otro síntoma es la resistencia a recibir órdenes mayores, que implicaban mayores responsabilidades. Así se explica que las obras de estos escrito-

<sup>2</sup> J. M. Díez Borque, *Sociedad y teatro en la España de Lope de Vega*, Barcelona, 1978, p. 107.

<sup>3</sup> «Los escritores-criados en la época de los Austrias», *Revista de la Universidad Complutense*, 1981, p. 169.

<sup>4</sup> H. Kamen, *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*, Madrid, 1984, p. 248.

res eclesiásticos no se distinguen por un especial fervor religioso. Robert Ricard<sup>5</sup> ha observado que, a diferencia de Francia, en España las obras de mayor hondura espiritual proceden en su mayoría de las órdenes religiosas, reformadas en profundidad en el siglo XVI. Entrarían ahí Sor María de Agreda, Nieremberg y Quirós. Se trata de religiosos que escribieron, no de escritores que se hicieron eclesiásticos.

En términos generales, los escritores que no optaron por refugiarse en la Iglesia se vieron obligados a llevar una vida profesional inestable y precaria. Bastantes buscaron su medio de vida en el Estado. Sumando los funcionarios y militares obtenemos un 16,3%. Pero fueron pocos los que, como Saavedra Fajardo (embajador), ocuparon los niveles superiores de la función pública; o, como Melo (maestre de campo), los del Ejército. Son muchos más los que desempeñaron cargos poco importantes y temporales, como Cervantes, Mateo Alemán, Bances Candamo, Cubillo de Aragón... Otro grupo es el de los que se pusieron al servicio de un noble o de la Casa Real (13,4%), situación que, bajo diversas formas —secretario, bibliotecario, contador—, resultaba claramente servil. Este porcentaje coincide bastante con el de J. Simón Díaz, que registra unos 2.000 escritores-criados sobre 25.000. Aquí encontramos a L.L. Argensola, secretario del conde de Lemos y de la emperatriz María de Austria; a Bocángel, secretario del Cardenal-Infante Fernando de Austria; a Cárcer y Velasco, contador del conde de Luna; a Castillo y Solórzano, servidor del marqués de Villar, etc. De entre ellos, el judaizante Enríquez Gómez fue el que llegó más alto, pues fue secretario de Luis XIII.

Los escritores que pudieron vivir sin depender de nadie, es decir, los que poseían rentas suficientes, fueron muy pocos. Se trata de hijos de familias que formaban parte de la nobleza urbana que controlaba las instituciones municipales. Destaca el grupo sevillano, formado por Arguijo, Jáuregui y Jiménez del Enciso. Otro medio de vida, muy reducido si lo comparamos con la situación actual, fue el de la enseñanza, que no atrajo a muchos escritores, quizá debido a la proverbial pobreza de la profesión. Los pertenecientes a las profesiones liberales son también pocos, y están casi en exclusiva representados por los médicos. Menor aún es el número de aristócratas: sólo dos nobles de título (Villamediana y Moncada). Por último, existe un grupo, que hemos denominado «hidalgos», constituido por escritores que llevaron una vida especialmente bohemia y desarraigada, como Rojas Villandrado, conocido como «el caballero de milagro» por su asombrosa capacidad para vivir sin que nadie supiera de qué.

Examinando desde un punto de vista global los resultados estadísticos sobre la situación socioprofesional de los escritores, observamos que si en los orígenes familiares hay un predominio de la zona media de la escala social, en la situación socio-profesional esta característica se da con mayor relieve. Así, si la baja nobleza y las clases medias urbanas aportaban el 71,2% de los escritores (87,2 si no contamos los sin datos), los escritores se sitúan de manera casi total, en un 97%, en la zona media. La única excepción la constituyen los dos miembros de la nobleza de título. La vocación literaria parece ser, pues, poco compatible con la vida mísera de las clases populares, pero también con el modo de vida frívolo y lujoso de la aristocracia. Comparando la tabla de los orígenes familiares con la de la situación socio-profesional observamos también una clara tendencia hacia el descenso en la escala social. Notemos que el número de hijos de caballeros es muy alto,

<sup>5</sup> Estudios de literatura religiosa española, Madrid, Gredos, 1964, p. 254.

pero son muy pocos los que pueden seguir siéndolo, debido a que en muchos casos se trata de hijos segundones, tradicionalmente destinados a la Iglesia. En cambio sólo se produce un limitado ascenso social: el de los escritores procedentes de familias de artesanos, que, aunque no mejoren mucho su situación económica, logran abandonar las filas de los pecheros.

Así pues, el medio literario de la España del siglo XVII, tanto en los orígenes familiares como en la situación social de los escritores, se sitúa en la zona media-baja de la jerarquía de la sociedad estamental. En ella la literatura es una actividad de gran resonancia, pero escasamente valorada en términos económicos. En la producción literaria de la época, aunque en forma dispersa, encontramos numerosos testimonios de esta situación.

## La situación social del escritor en la literatura de la época

La vinculación entre los escritores y la baja nobleza, que hemos establecido estadísticamente, era reconocida por la sociedad de la época, y así se refleja en la literatura:

Tenía (mi padre) una desdicha, que nos alcanzó a todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fue ser hijodalgo, que es lo mismo que ser poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna o de una hambre perdurable<sup>6</sup>.

Para los contemporáneos, era patente que la pobreza hermanaba a hidalgos y escritores.

La miseria en que vivían los escritores era proverbial. En Cervantes, que la sufrió en carne propia, encontramos abundantes referencias al tema: «El año que es abundante de poesía suele serlo de hambre; porque dámele poeta, y dártele he pobre»<sup>7</sup>. Estas lamentaciones fueron tan corrientes, que acabaron convirtiéndose en un tópico, *litterae non dant panem*. Si en la Italia del Renacimiento, en medio del auge del humanismo, Piero Valeriano pudo escribir *De infelicitate litteratorum*, hay que suponer que en la España del Seiscientos, en la que el escritor gozaba de un status socio-económico muy inferior, el tópico reflejaba la realidad.

No siempre el tema se expresaba de manera quejumbrosa. Abundan las versiones irónicas y jocosas. Así, Lope pudo escribir un soneto «A un poeta rico, que parece imposible»<sup>8</sup>. También se recurría a establecer un contraste burlesco entre la exuberante riqueza de las metáforas petrarquistas y la pobreza del poeta que las utilizaba en sus versos. Cervantes utilizó este procedimiento:

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas, por la mayor parte, eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas...<sup>9</sup>.

Más o menos lo mismo viene a decir el portugués Francisco Manuel de Melo en su soneto «Pídesse y se da la razón de que siendo la poesía tan rica, son los poetas tan pobres»:

<sup>6</sup> La vida de Estebanillo González, I, ed. J. Millé, Madrid, 1973, p. 61.

<sup>7</sup> Los trabajos de Persiles y Segismunda, ed. J. B. Avallé-Arce, Madrid, 1970, p. 441.

<sup>8</sup> Obras poéticas, ed. J. M. Blecua, Barcelona, 1983, p. 1.398.

<sup>9</sup> El licenciado Vidriera, Novelas ejemplares, II, ed. M. Baquero Goyanes, Madrid, 1976, p. 24.

... porque gastáis tanto oro y plata de vuestras ninfas en cuello y frente, que de vosotros huyen plata y oro<sup>10</sup>.

La mordacidad de Quevedo no podía dejar de aprovechar el tema:

¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa ni sobre su ingenio!<sup>11</sup>

Otra vertiente del tópico era la de la suciedad y desaliño de los poetas, manifestaciones visibles de su pobreza. De nuevo, Quevedo lanza su punzante sátira, y en una de sus pre-máticas ordena:

... que no se pasen coplas de Aragón a Castilla, ni de Italia a España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincidiese, de andar limpio un hora<sup>12</sup>.

No parece que el escritor del Seiscientos tuviera conciencia profesional o corporativa, en la medida en que la literatura no se consideraba una profesión, sino una actividad recreativa y desinteresada, propia de ociosos. No faltan, sin embargo, referencias a cuestiones de tipo profesional en las obras de algunos escritores. Cervantes, uno de los más preocupados por estos asuntos, denuncia los fraudes que cometían los editores:

... Los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro, y la burla que hacen a su autor si acaso lo imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos<sup>13</sup>.

Surgieron también algunas voces aisladas que se atrevieron a criticar el trato servil que los nobles con pretensiones de mecenas daban a los escritores. Una de las más agrias es la de Suárez de Figueroa:

Estos por la mayor parte son lo peores del mundo, por ser los más ricos dél, los más ignorantes de todas ciencias. (...) Nace de ahí la poca estimación que hacen de lo que se les dirige, supuesto que no tiene lugar la virtud donde reina el vicio. Lo más ridículo viene a ser que en vez de patrocinio se adquiere con ellos descrédito y menoscabo, por ser los primeros en ostentar con desprecios y censuras, acompañadas de gestos de boca, de hablas afectadas y brutales acciones. Si el libro contiene versos, llaman al autor coplero y trovas a las poesías, sin saber distinguir el soneto del romance, y así de otras composiciones. Cuanto al premio, es cosa vergonzosa ver su escaseza, porque si dan, es poco; y por eso con molestas dilaciones y en libranzas casi inciertas<sup>14</sup>.

Más comunmente, sin embargo, las críticas al mecenazgo cicatero y humillante adoptaban una forma más sutil. Se recurría a la idealización del mecenazgo generoso de la Antigüedad, simbolizado en Mecenas, contraponiéndolo a la mezquindad de la aristocracia contemporánea. Uno de los primeros en poner en circulación este tema fue Pedro Mexía:

No nos podemos quejar de nuestros tiempos que no ha habido en ellos muy altos y muy excelentes ingenios en todo género de ciencias y artes; pero veo comúnmente quejarse los varones doctos y letrados que no son tan honrados y estimados ni tan remunerados de los príncipes y reyes de ahora como lo fueron los sabios antiguos<sup>15</sup>.

<sup>10</sup> La lira de Clío, soneto XXIII, en *Obras métricas*, Lyon, 1665.

<sup>11</sup> Los sueños, ed. H. Ettinghausen, Barcelona, 1984, p. 76.

<sup>12</sup> El buscón, ed. C. Vaíllo, Barcelona, 1980, p. 81.

<sup>13</sup> El licenciado Vidriera, *ant. cit.*, p. 24.

<sup>14</sup> Plaza universal de todas ciencias y artes, Madrid, 1615, f. 128.

<sup>15</sup> Silva de varia lección, Sevilla, 1570, f. 109.